Narraciones populares

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO

18 – El regreso del Ŷin

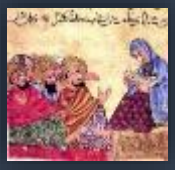
Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales

CEDCS

Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"



III – Los Bajos Fondos del Cairo

18 – El regreso del Ŷin

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

18 – El regreso del Ŷin

De repente, Baïbars sintió como una presencia que le rozaba la espalda. Se volvió, y vio al *ŷin*[1].

- Bienvenido seas, hermano *ŷin* –le dijo-, ¿Qué buen viento te trae por aquí a esta hora?

- Me apetecía volver a verte.

- ¡Qué bien, hermano! Vigila si quieres un poco mi tesoro; no me fio mucho de los grandes del reino; la mayoría están contra mí.

- Faltaría más –respondió el *ŷin*-. Ese es mi trabajo.

El rey, mientras tanto, estaba maravillado de todo lo que veía.

- ¡Gloria al Eterno, que no tiene principio ni fin! –decía el rey-. ¡Gloria al que te ha colmado con Sus dones, Hâŷ Shâhîn!

- ¡Eh, jefe Sâleh –interrumpió Otmân-; si tanto te gusta, tú no tiés más que vender tu palacio y comprarte otro igual[2]!

- ¡No, hermano, no! Que Dios os bendiga; en lo que a mí respecta; sólo pido que nos mantenga en la Fé, por la gloria del Señor de los hijos de Adnân.

Hemos dicho, oh, nobles señores, que ese día era un viernes; como se acercaba la hora de la oración, el rey se apresuró a salir.

- Eh, jefe Sâleh, ¿aónde vas? –le gritó Otmân- El soldao no t'ha enseñao entavía onde tié toa la quincalla; los dialmantes y las perluzas. ¡Anda que, menúa jeta se le va a poner al cadi de ver to eso!

Al oírle hablar así, Baïbars, furioso, se mordía los labios hasta hacerse sangre.

- No pasa ná, soldao; no pasa ná; el jefe Sâleh nos quiere bien.

Baïbars no se atrevió a decir nada.

[1] Yin: palabra árabe que designa a los genios que sirvieron a Salomón.
[2] Aunque las palabras de admiración del rey no tienen nada de incorrecto, conforme a los usos en la sociedad árabe, Otmân tiene siempre su franco modo de hablar en cualquier circunstancia.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Cogiendo al rey por el brazo, Otmân lo condujo hasta la sala del tesoro. ¡Allí había de todas esas cosas… -aunque en verdad, sólo son propiedad de Dios, el Único, el Todopoderoso!- ¡lingotes de oro, objetos trabajados con metales preciosos, collares de pedrería, como si llovieran del cielo!

- ¡Ah, cadi –exclamó el rey-, tú que tanto aprecias a Baïbars, cómo debes estar alegrándote por él! En lo que a mí concierne, Hâŷ Shâhîn, siempre me sorprenderé de la bondad de Dios ¡Exaltado sea!

- *Efendem*, ¡Ojalá que Dios le prodigue siempre Sus favores; éste es nuestro querido hijo; el benefactor del reino, y él merece aún más que todo eso! –remachó así el cadi. Y mientras decía esto, andaba verde de rabia…

Con el pretexto de querer examinar los collares más de cerca, el cadi alargó la mano y arrambló con una buena decena, que disimuló en su manga; los destinaba a su mujer, la conocida como la "Peste Armenia". Nada sabía el cadi de que el tesoro del palacio lo guardaba un *ŷin*, y que sólo Baïbars tenía derecho a sacar algo del tesoro. Poco después, el rey dejó la sala, en compañía del visir Shâhîn, del cadi, y de los grandes del reino; pero en cuanto llegaron a la puerta del edificio, se materializó una mano, que propinó al cadí una bofetada tal, que le marcó los cuatro dedos en la cara y le hizo perder su enorme turbante.

- ¡Devuelve eso, ladrón! –exclamó una voz que parecía salir de entre los muros-. ¡O hago perecer a todos los que están aquí!

- ¡Señor, concédenos Tu protección en los días de infortunio! –exclamó el rey-. ¡Que la peste te lleve; cadi! ¡Dime, Hâŷ Shâhîn!

- Sí, señor.

- Al menos ¿tú no habrás robado nada?

- Señor, ¡por supuesto que no! –repuso el Hâŷ Shâhîn algo indignado-. ¡Por tu cabeza, yo no he robado nada en toda mi vida!

- ¡Protégenos, oh, Hassîbeh! –dijo Otmân-. ¡Eh, cadi cara culo, t'has dao de bruces con el gran patrón de tos los malos espíritus; so cerdo!

Se ocuparon de levantar al cadi, que había perdido el conocimiento; entonces, los collares de piedras preciosas se le cayeron de la manga, ante los ojos de toda la concurrencia.

- ¡Ah, bieeen, braavoo! –vociferó Otmân- ¡No, pero no te cortes! ¿eh, cabroncete? ¿Se pué saber por qué nos afanas?

- Vamos a ver, cadi, ¿por qué has hecho eso? –preguntó el rey en tono severo-. ¿Cómo has podido rebajarte a algo así? ¡ojalá y que te lleve la peste! Desde luego es una bendición que no te

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

hayamos escuchado el día en que nos diste la tabarra para que confiscáramos este tesoro. No quiero ni pensar en la suerte que hubiéramos corrido en manos del *ŷin*.

- Por tu vida –gimió lastimero el cadi-, nunca tuve la intención de robarlos; sólo quería examinarlos a la luz del día para asegurarme de que eran auténtica piedras preciosas, o imitaciones… De todos modos, era competencia del emir Baïbars, el advetirnos antes: Tu Majestad habría podido tener la misma idea que yo, y…

- ¡Oh, no, cadi! –cortó el rey- ¡¿Acaso me tomas por un imbécil?! En fin, gracias a Dios, se ha evitado lo peor.

Salieron de la cripta; Baïbars se felicitaba por tener a ese ŷin como amigo: ahora sabía bien que su tesoro estaba a buen recaudo, y que con un guardián como ese, nadie podría acercarse.

El rey montó en su cabalgadura, los grandes del reino le rodearon; los soldados de la escolta, que le habían esperado a la puerta de entrada del serrallo de Bâdîs, formaron en columnas; la fanfarria real sonó, y el cortejo se puso en marcha en dirección a la mezquita Abu Bâbayn. Hicieron allí la oración del viernes; acabaron con las invocaciones, y el rey regresó a la ciudadela para pasar el resto del día en sus estancias privadas.

En cuanto al emir Baïbars, volvió al serrallo de Bâdîs; pero estaba muy enfadado con Otmân.

- Vamos a ver, desgraciado –le dijo-, ¿tú quieres perderme o qué? Pobre imbécil, ¿qué necesidad tenías de hacer visitar al rey la sala del tesoro, y de airear nuestra fortuna ante todo el mundo?

- No t'empriocupes, colega. He hecho to eso sólo pa que rabie el cadi, y Nébak, el enculao; ¡mejor si eso les joe a tus enemigos, y gusta a tus amigos! Amás, ni el jefe Sâleh, ni nadie más s'atreverá a meter las napias p'aquí, ahora que saben que en nuestra casa hay malos espíritus. Si tenemos que salir de viaje, poemos estar tranquilos; naide nos afanará nuestra pasta. ¿No es verdad, coleguita? Entonces, ¿toavía crees qu'he obrao mal?

- Está bien, no hablemos más del asunto. Ahora necesito que me encuentres un maestro de obras que conozca bien su oficio.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

FIN

Próximo episodio...

19 – El puente de los leones

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6